

# Agustín "Pincho" De la Espriella (1920 – 2020): el centenario de un discreto pianista cartagenero

Hernán Alberto Salazar Cabarcas

## Resumen

Agustín "Pincho" De la Espriella Martelo fue un destacado pianista cartagenero que decidió no tocar públicamente tras un exitoso concierto en el Teatro Cartagena. A pesar de retirarse de la vida pública, Pincho continuó la tradición de la tertulia cultural en su casa, convirtiéndose en un referente para la cultura musical de Cartagena y promoviendo múltiples eventos culturales. Entre sus amigos y contertulios se encontraban músicos, melómanos y artistas de la talla de Adolfo Mejía, quien le dedicó una composición llamada "Pincho". A lo largo de su vida, Pincho compartió sus experiencias y anécdotas con músicos y aficionados, dejando un legado de amor por la música y la camaradería. Falleció en 2005 y su funeral fue un concierto en el que participaron varios músicos cartageneros, incluyendo la interpretación de la danza "Pincho" por Evida De la Hoz. Su historia demuestra la importancia de preservar la tradición musical y las relaciones personales en el ámbito cultural, así como el impacto duradero que puede tener un personaje en la vida artística de una ciudad.

**Palabras clave:** Pincho, pianista cartagenero, tertulia cultural, Adolfo Mejía, legado musical.

## Abstract

Agustín "Pincho" De la Espriella Martelo was a prominent Cartagena pianist who decided not to perform publicly after a successful concert at the Cartagena Theater. Despite withdrawing from public life, Pincho continued the tradition of cultural gatherings at his home, becoming a reference for Cartagena's musical culture and promoting numerous cultural events. Among his friends and fellow attendees were musicians, music lovers, and artists of the caliber of Adolfo Mejía, who dedicated a composition called "Pincho" to him. Throughout his life, Pincho shared his experiences and anecdotes with musicians and enthusiasts, leaving a legacy of love for music and camaraderie. He passed away in 2005, and his funeral was a concert featuring several Cartagena musicians, including the performance of the dance "Pincho" by Evida De la Hoz. His story illustrates the importance of preserving musical tradition and personal relationships in the cultural sphere, as well as the lasting impact that an individual can have on a city's artistic life.

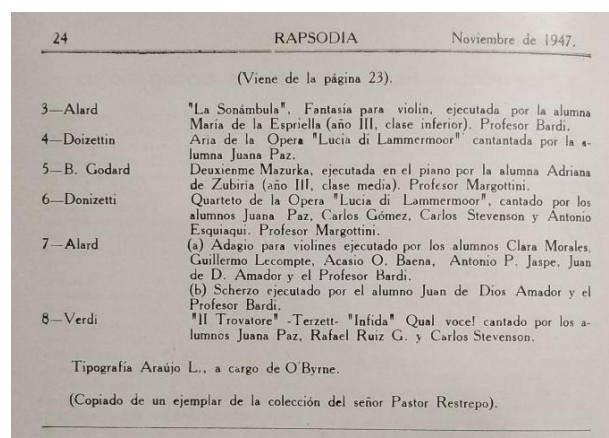
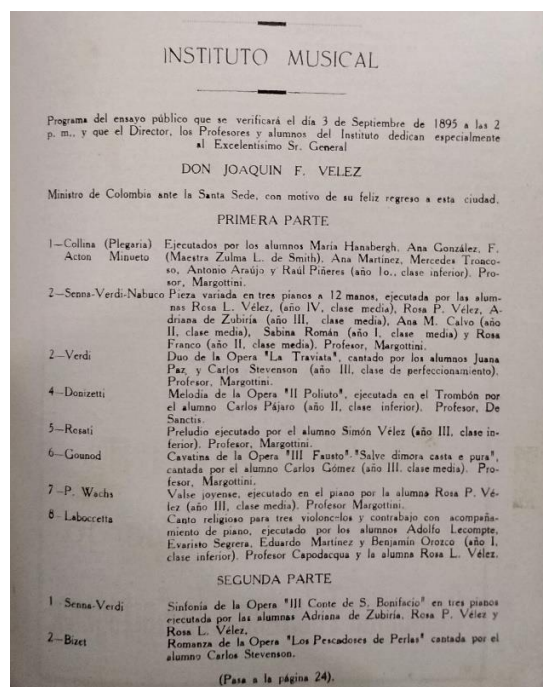
**Keywords:** Pincho, Cartagena pianist, cultural gatherings, Adolfo Mejía, musical legacy.

Cartagena de Indias ha sido fuente de innumerables talentos en todas las artes y en todos los niveles de su rancia y noble sociedad. Luego de la fundación del Instituto Musical en 1889 —gracias al patrocinio del presidente Rafael Núñez, el gobierno departamental de José Manuel Goenaga y la secretaria de gobierno de Enrique Luis Román Polanco— la cultura musical de la ciudad amurallada se academizó con la presencia de los maestros italianos que refinaron el potencial talento que encontraron en este rincón del Caribe.

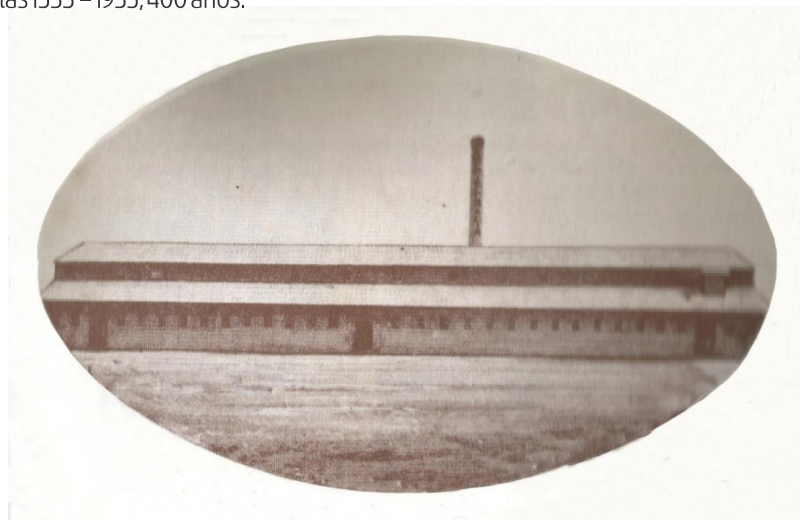
Al leer los programas de los primeros conciertos ofrecidos por la institución en esos años tempranos, como el que aparece transcrito en la Revista Rapsodia N° 16 de 1947 (tomado de un ejemplar de la colección de Don Pastor Restrepo Lince, según dice su pie de página), realizado el 3 de septiembre de 1895 con motivo del regreso a la ciudad del embajador Joaquín F. Vélez, luego de terminada su misión diplomática en Roma, encontramos que los estudiantes que asistían a las cátedras instrumentales pertenecían, en su gran mayoría, a las familias más prestantes de la ciudad.

Dentro de esas primeras generaciones de músicos formados en el conservatorio cartagenero encontramos a varios nietos del general y diplomático Joaquín F. Vélez (1832 – 1906) como los pianistas Simón J. Vélez Gómez (1880 – 1978) y Julia S. Watts Vélez (1876 – 1965). El primero, “DonSi” —como era llamado por todos los cartageneros en su madurez, como abreviatura de Don Simón— fue el primer egresado del conservatorio en continuar estudios de perfeccionamiento musical en Europa, siendo recomendado por sus profesores ante el Regio Conservatorio di Santa Cecilia de Roma, y “misiá Julia”, —así es, misiá, un término muy usado en la ciudad durante la primera mitad del siglo XX para referirse a las matronas cartageneras—, sería la primera egresada de nuestro conservatorio, presentando su examen de grado como profesora de piano en una audición pública el 21 de febrero de 1892. Ambos fueron alumnos aventajados del maestro fundador Lorenzo Margottini Imperiali.

Igualmente, podemos encontrarnos con los nombres de pianistas como María Hanabergh Tono —nieta de Don August Schultz Hannaberg, cónsul norteamericano en Cartagena por muchos años, y quien llegó a ser una destacada pianista y consumada líder cívica; en 1945 sería la primera presidente de la Sociedad ProArte Musical de Cartagena, ya como señora de Don Diego Martínez Camargo—, Adriana De Zubiría o Ana M. Calvo, todas alumnas de Margottini. Así mismo, aparecen los nombres de alumnos con apellidos muy sonoros de aquel entonces, como los estudiantes de canto Carlos Stevenson y Juana Paz, Antonio Esquiaqui y Rafael Ruiz —estos últimos, estudiantes de la famosa mezzosoprano formada en Milán, también con beca de Núñez, maestra Conchita Micolao de Alandete—; el trombonista Carlos Pájaro; los violinistas María De la Espriella, Guillermo Lecompte, Acacio O. Baena, Antonio P. Jaspe o Juan de D. Amador, todos alumnos del maestro italiano Alfonso Bardi Novara (1858 – 1934). Y finalmente, encontramos a un grupo de estudiantes del profesor italiano —muy poco conocido dentro del elenco de maestros fundadores de nuestro conservatorio— Oreste Capodacqua, violonchelista, quien orientaba a los jóvenes Adolfo Lecompte, Evaristo Segrera, Eduardo Martínez y Benjamín Orozco —este último sería el padre de Ladislao Orozco Figueroa, el compañero de aventuras musicales de Adolfo Mejía Navarro, a su vez, padre de Teresa y Lalo Orozco Orozco, músicos de reconocida trayectoria en la historia reciente de Cartagena de Indias; además, Don Benjamín Orozco sería el anfitrión y acudiente del niño Adolfo Mejía desde los 11 años cuando este llegó a vivir a Cartagena para cursar sus estudios secundarios y musicales, e igualmente, sería el abuelo materno de la insigne pianista Helvia Mendoza Orozco—. Este fenómeno, que podemos denominar socio-musical, en el que la formación artística —musical o plástica— era parte fundamental de la completa educación de todo niño de bien cartagenero, se siguió replicando hasta mediados del siglo XX, fuera con su matrícula en la Escuela de Bellas Artes y Música o de manera particular en el atelier de algún maestro.



En ese escenario —para hablar en términos artísticos— vio la luz la figura de Agustín De la Espriella Martelo, el 9 de julio de 1920, a quien recordamos hoy con motivo de cumplirse el primer centenario de su nacimiento. Agustín nació en el seno de una de las familias más pujantes e industriosas de Cartagena de Indias desde la época republicana hasta la actualidad, basta con mencionar que su abuelo, Don Justo M. De la Espriella, fundó a inicios del siglo XX la firma Espriella & Cia., en sociedad con sus hijos, la cual era propietaria de la Fábrica de Tejidos de Algodón de Espriella, hilandería más grande del país con 780 husos, capaz de producir 1.200 docenas de camisetitas semanales y 1.400 piezas de 40 yardas cada una, de driles y drilones, también por semana, y con una mano de obra laboral de 450 hombres, mujeres y niños cobijados por una póliza de seguro colectivo —caso pionero en la seguridad industrial colombiana— según nos lo informa el Álbum Cartagena de Indias 1533 – 1933, 400 años.



Como lo anota Janell De la Espriella en el blog Biografías de personajes cartageneros a través de la historia, esta fábrica de tejidos fue presa de un voraz incendio en 1920, por lo que la familia De la Espriella debió resurgir, como el ave fénix, literalmente, de sus cenizas. Es así como Don Justo M., nuevamente junto a sus tres hijos: Luis Carlos (padre de los De la Espriella Martelo), Antonio José y Justo D. De la Espriella Visbal, adquirieron el primer molino de harina para Cartagena, constituyendo la Empresa Harinera de Cartagena —dándole un viraje radical a su actividad comercial— cuya administración cedería a sus hijos hacia 1935 debido a su avanzada edad. La laboriosidad y disciplina de estos tres hermanos hizo prosperar rápidamente la empresa familiar. Posteriormente Don Luis Carlos De la Espriella Visbal se separaría de sus hermanos para constituir junto a su esposa, Doña Ángela Custodia Martelo Arnedo de De la Espriella y sus nueve hijos: Agustín (1920), Cecilia (1921), Alfredo (1923), Isabel (1926), Luis Carlos (1927), Alicia (1928), Mercedes (1930), Nora (1931, fallecida de cinco meses), Gonzalo (1932) y Elsa (1938), en 1956 la Compañía Harinera Industrial Ltda., cuyas riendas manejó por espacio de 30 años. Esta empresa realizaría, hace algunos años, una efectiva alianza estratégica con el Molino Tres Castillos, de la familia Del Castillo —otros grandes de la industria cartagenera y del Caribe—, convirtiéndose en el principal molino de harina de la región y uno de los más importantes de toda Colombia.

Por supuesto, el primogénito de un matrimonio que forjó un ambiente familiar de tanta pujanza y éxito empresarial, debía prepararse para recibir la antorcha de su padre y continuar con la dirección de la empresa a mediana edad, como era la tradición local. Sin embargo, conforme el joven Agustín fue creciendo e inició su primera formación académica en el tradicional Colegio de La Salle —donde los hermanos Hermenegildo y Sebastián descubrirían su aptitud musical— demostró que sus intereses no estaban en los vericuetos del mundo empresarial, ni en los libros contables, ni mucho menos lidiando los asuntos comerciales o laborales propios de una factoría como la de su familia, sumado a que su temperamento, un tanto tímido y sensible, no se prestaban para hacer frente a tal reto gerencial. Por el contrario, sus gustos se enfocarían hacia lo estético, centrándose en los preludios del Clave bien temperado de Bach o en las sonatinas de Clementi y Scarlatti una vez que sus manos descubrieron el marfil y el ébano del teclado del piano, el que sería el instrumento de sus afectos. La vecindad de su colegio —ubicado en aquel entonces en la calle de la Factoría, donde hoy se encuentra el Colegio Mayor de Bolívar— con el Instituto Musical, sería propicia para que Doña Josefina DeSanctis (1898 – 1955), directora del conservatorio, lo tomara bajo su tutela en la cátedra de piano, al descubrir que el joven De la Espriella poseía “buena madera” musical.



*Foto 3: Empleadas de la Fábrica de Tejidos de Algodón de Espriella & Cia. a inicios del siglo XX. Nótese al fondo los grandes rollos con las piezas de tela que se producían en esa factoría. Fuente: Álbum de Cartagena de Indias, 400 años 1533 - 1933.*



*Foto 4: Sección de husos de hilandería en la Fábrica de Tejidos de Algodón de Espriella & Cia., con los que se producía la hilaza para el tejido de medias de seda, camisetas de algodón, driles y drilones. Fuente: Álbum de Cartagena de Indias, 400 años 1533 - 1933.*

Agustín demostró rápidamente sus dotes de pianista, era disciplinado en el estudio del instrumento y presentaba todas las condiciones —tanto de vocación como de respaldo económico— para ser un concertista relevante. En 1939 llegó a reforzar la planta docente del Instituto Musical de Cartagena el pianista judío alemán Edgar Neiger Paneth, procedente de Hamburgo, gracias a las gestiones de Guillermo Espinosa Grau —quien lo había conocido junto con su hermano Jonel, violinista concertista, el cual ya se encontraba desde el año anterior en Cartagena— y del diplomático Alberto Carrizosa Umaña, cónsul colombiano en el puerto hamburgués, quienes lograron que los hermanos Neiger firmaran contrato laboral con el Departamento de Bolívar para ser profesores del conservatorio de Cartagena, pudiendo ser exiliados de Alemania y salvados del régimen nazi. El maestro Edgar Neiger tomaría bajo su tutela al prometedor muchacho de diecinueve años, aumentando mucho más su nivel de ejecución.



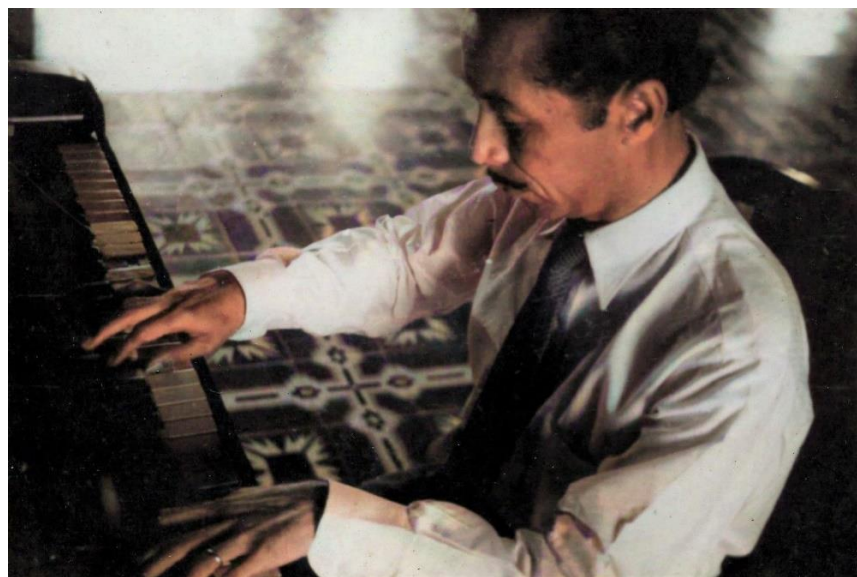
*Foto 5: Don Luis Carlos De la Espriella y doña Custodia Martelo con sus hijos en un viaje internacional en los años 40. Fuente: Familia De la Espriella.*



*Foto 6: Agustín "Pincho" De la Espriella Martelo en su juventud. Fuente: Familia De la Espriella.*

Como sucede en todas las generaciones, no faltan los bravucones, mamadores de gallo, montadores o, como se diría hoy, bullies. Cuando los condiscípulos del Instituto Musical empezaron a notar que este muchacho tan callado y de perfil bajo tenía un muy buen nivel y que ya comenzaba a ser escogido como solista para los programas de los recitales, como se puede ver en varios de ellos, no faltó quien le acomodara un remoquete, precisamente, por el que sería conocido el resto de su vida e inmortalizado por el propio Adolfo Mejía en su obra para piano más conocida, la danza Pincho. Sucede que el joven Agustín empezó a interpretar los nocturnos y las baladas de Chopin, con muy buena interpretación y elogios de sus maestros. Tal vez por hacerle burla y ante la impotencia de no poder interpretar con igual maestría, cosas que provocan la envidia y la inmadurez juvenil, pero que, en todo caso, resultó ser un "tiro culatero" para aquel burlador, uno de sus condiscípulos, del que él, por modestia, se reservó el nombre en nuestras conversaciones, dijo alguna vez ante los que le escuchaban interpretar al músico polaco: "Miren cómo toca el Chopin cartagenero, jajaja, ¡más bien será el Pincho!, porque este es Chopin, pero al revés.."

Por supuesto, todos brotaron en risas y carcajadas, lo cual hizo mella en la sensibilidad del joven pianista, que ya empezaba a luchar contra un enemigo muy silencioso, del que hablaremos más adelante. A los pocos días de esta escena desagradable, Agustín se encontraba en un salón esperando al maestro Neiger, quien estaba retrasado. Practicaba en el teclado del viejo piano Blüthner —que aún presta su servicio en el conservatorio— unos intervalos que le estaban "dando cacao" para la clase de desarrollo auditivo del maestro filipino Teófilo Tipón. Eran La, Fa#, Re, Si, Sol, Re, Fa#. Mientras él tocaba y repetía una y otra vez el ejercicio, pasaba por la puerta de aquel salón el maestro Adolfo Mejía, como siempre, en mangas largas y corbata, saco al hombro y con su piel roja en la comisura de los labios. Quedó un buen rato escuchando el pasaje que tocaba el alumno y de inmediato lo tomó como un leitmotiv.



Mejía ya sabía lo que había sucedido durante la interpretación de Chopin. El maestro entró al salón y le preguntó qué estaba tocando, y el joven le explicó lo que hacía. Le dijo que le gustaba ese motivo, que se levantara de la banca y lo dejara sentarse al piano. Sobre esas siete notas tañidas desprevenidamente por aquel estudiante compungido, el genio de Mejía construyó una de las danzas para piano más hermosas de toda la literatura musical académica del Caribe. Le pidió papel pentagramado rápidamente para escribirla, estampando la obra de un solo pasón. Al final le preguntó:

—¿Cómo fue que te pusieron tus compañeros, Pincho?, pues esta danza se llamará "Pincho". Estúdiala y tócala. ¡Ahora tú eres dueño de una obra mía y ellos no!

Ese espaldarazo de Mejía lo alentó a seguir adelante, a no prestar atención a quienes lo atacaran precisamente por algo que nadie le podría quitar: su talento. Y como "Pincho" se quedó hasta en los ambientes de intimidación familiar, ese apodo se convirtió en parte de su personalidad y creo que, por lo que alcancé a analizar en su psique, la de un hombre de más de 80 años, contribuyó en gran medida a que luchara contra su gran rival: el pánico escénico.



Foto 8: Partitura autógrafa de la danza Pincho compuesta por Adolfo Mejía Navarro y dedicada al pianista Agustín "Pincho" De la Espriella en los años 40 del siglo XX.  
Fuente: Patronato Colombiano de Artes y Ciencias.

Así es, desafortunadamente, esa "enfermedad" —si podemos llamarla así— o condición que padecen muchos músicos, muy talentosos la gran mayoría, fue el gran enemigo de "Pincho" toda su vida y, lógicamente, las burlitas y comentarios de los condiscípulos que le atacaban por su consagración en medio de un ambiente social que históricamente no ha sido muy propicio para el cultivo de algunas artes, por todos los prejuicios que ello conlleva, contribuyeron aún más a que la timidez de este pianista se acentuara. Sin embargo, quienes le conocían de cerca y sabían de su lucha por superar a ese enemigo interno, lo alentaban a seguir adelante porque confiaban y creían en su talento.

En 1943, debido a las disposiciones adoptadas por el gobierno de Alfonso López Pumarejo frente a las presiones de Estados Unidos por su incursión en la Segunda Guerra Mundial, los ciudadanos alemanes, japoneses y los italianos proclives al régimen fascista de Mussolini, fueron recluidos en el Hotel Sabaneta de Fusagasugá, Cundinamarca. Sus bienes fueron confiscados y puestos en custodia del Fondo de Estabilización Nacional (F.E.N), el cual los administró. Los maestros alemanes que se encontraban trabajando en Cartagena de Indias, como el violinista, compositor y director Wilhelm (Guillermo) Dittmer Werner (fundador de la Banda Sinfónica de la Armada Nacional en 1938) y la familia Neiger, integrada por los ya citados Jonel (violinista), Edgar (pianista) y Margarita, la esposa de este último quien era una destacada soprano y dirigía la cátedra de canto en el Instituto Musical, también fueron a parar al llamado campo de concentración colombiano.



*Foto 9: Josefina DeSanctis, primera profesora de Pincho y directora del Instituto Musical de Cartagena. Fuente: Archivo personal.*



*Foto 10: Antonio María Valencia Zamorano, profesor de Pincho en el Conservatorio de Cali. Fuente: Archivo personal.*

Este fue un caso paradójico, pues los Neiger llegaron a Colombia precisamente huyendo del régimen alemán. Debido a la política antisemita que impulsó el doctor Luis López De Mesa (1884-1967) cuando fue canciller de Colombia durante el gobierno de Eduardo Santos Montejó (1888-1974), estos músicos ocultaron su filiación judía en la aduana colombiana para garantizar su ingreso al país, ya que solo se permitía el paso de unos pocos judíos cada cierto tiempo. Esto era algo de lo que ya estaban sobre aviso gracias a Espinosa Grau y al cónsul Carrizosa Umaña, quienes les ayudaron a eludir la restricción. Esas mismas instrucciones les recomendaban no afiliarse a ninguna sinagoga o comunidad judía mientras estuvieran en el país, aunque para todos en Cartagena era conocida su procedencia hebrea. Esto terminó por convertirse en un "arma de doble filo" que los obligó a recluirse con algunos de los perseguidores de su pueblo. Digo algunos, ya que

no todos los alemanes, italianos o japoneses del Hotel Sabaneta eran proclives al fascismo o al nacional socialismo. Después de la guerra, en 1946, ambos hermanos recibieron de vuelta sus bienes por parte del F.E.N., según consta en las Resoluciones No. 522 y No. 1218 de 1946 proferidas por el Ministerio de Hacienda y Crédito Público. Jamás regresarían a trabajar como profesores en Cartagena de Indias, pues el Conservatorio Nacional de Música, en Bogotá, se hizo con el talento de estos destacados artistas, a la par que Jonel ingresaría a la Orquesta Sinfónica Nacional como jefe de los segundos violines y Edgar complementaría su actividad como profesor de piano en la Escuela Normal Superior Nacional.



*Foto II: Estudiantes y docentes del Instituto Musical de Cartagena en 1960, durante un homenaje ofrecido a la maestra Elizabeth Monschau de Stern con motivo de la condecoración con la Cruz de Hierro que le impuso el gobierno alemán. Pincho De la Espriella es el segundo de pie, de derecha a izquierda. Fuente: Álbum de Maruja De León de Luna-Ospina.*

Ante esta eventualidad, Pincho se quedó sin un profesor de piano avanzado, y doña Josefina De Sanctis se encontraba totalmente ocupada de estudiantes. Será entonces la mano de Adolfo Mejía, otra vez, la que contribuirá a que el prometedor discípulo no perdiera el ahínco con que había iniciado su formación pianística. Una llamada de Mejía al Conservatorio de Cali lo puso en contacto con el maestro Antonio María Valencia (1902-1952), quien, desde su regreso al país en torno a 1929, era considerado como el principal pianista colombiano. Valencia aceptó de buen grado la solicitud del maestro Mejía. Primero, porque eran amigos de vieja data; segundo, porque confiaba en el criterio de su colega, y tercero, porque conocía el trabajo de Neiger, por lo tanto, su alumno debía ser muy aventajado. Así, Pincho iniciaría su último ciclo de formación académica bajo la tutela del maestro Antonio María Valencia Zamorano en el Conservatorio de Cali.

La enfermedad del maestro Valencia y la separación con el pequeño Amaury, su único hijo fruto de su relación con María del Socorro Porras, hicieron que Pincho regresara a Cartagena definitivamente, continuando sus estudios con la maestra Mercedes Vásquez de Lequerica (1908-2001). Formada inicialmente en el Instituto Musical de Cartagena, perfeccionó su



técnica pianística en el Conservatorio Giuseppe Verdi di Milano y fue la directora de la cátedra de piano avanzado del conservatorio durante varias décadas. Vásquez llegaría a formar a los grandes pianistas cartageneros de los años 60 y 70 del siglo XX.

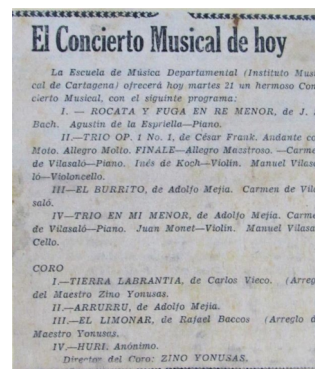


*Foto 12: Amaury de Jesús De la Espriella Porras y su padre, Agustín "Pincho" De la Espriella sentados en una fuente de soda. Fuente: Familia De la Espriella.*

Precisamente en los años 60, luego del gran éxito que tuvo el IX Festival de ProArte Musical de Cartagena de 1959, que logró traer a la Orquesta Sinfónica Nacional de Washington dirigida por Howard Mitchell (1911-1988) y a un selecto elenco de figuras del primer orden internacional, esta sociedad, que desde 1945 ofreció a Cartagena de Indias y a Colombia los más grandes festivales internacionales de música académica, siendo la pionera y ejemplo para otras homólogas en el país, inició un franco declive debido a la falta de patrocinios públicos. Evidentemente, la boletería y los aportes que hacían los socios eran insuficientes para costear los altos gastos que demandaba un festival de esa categoría, sumado al gran deterioro en que se encontraban las salas que poseía la ciudad para una audición musical de esta clase: el Teatro Heredia (sin aire acondicionado y muy desvencijado), el Teatro Cartagena (más cine que teatro y utilizado para toda clase de eventos por contar con aire acondicionado) y el Paraninfo de la Universidad de Cartagena (en el que se realizaban los ensayos y recitales de música de cámara). En esos tres espacios transcurrieron los conciertos que albergaron a Margarita Montero de Inclán, Andrés Segovia, Jesús María Sanromá, Todd Duncan, Portia White, Claudio Arrau, Hans Kindler, Richard Tauber, Rosita Renard y Yehudi Menuhin, por citar solo algunos.



*Foto 13: Portada del programa general del IX Festival internacional de ProArte Musical de Cartagena, realizado entre el 17 y el 31 de mayo de 1959, con la presencia de la Orquesta Sinfónica Nacional de Washington en la ciudad. Archivo personal.*



*Foto 14: Concierto del Instituto Musical de Cartagena aparecido en El Universal el 21 de junio de 1962. Agustín "Pincho" De la Espriella abrió el programa con una adaptación para piano de la Toccata y Fuga en Re menor BWV 565 de Johann Sebastian Bach, originalmente compuesta para órgano. Fuente: Álbum de doña Maruja De León de Luna-Ospina.*

Se ha convertido casi en un mito urbano entre el ambiente musical cartagenero la siguiente anécdota de Pincho sucedida en uno de los últimos festivales de ProArte, el cual se realizó con talento local. Gracias a la iniciativa del músico lituano Zino Yonusas Baranauskas (1917-1986) y al convenio realizado entre la Base Naval ARC Bolívar, comandada por el capitán de fragata —y excelente tiplista— Alfonso Otoy Arboleda, se permitió fusionar el nutrido grupo de cuerdas frotadas que poseía el conservatorio con los jefes de atriles de cada familia de vientos de la banda y el respectivo set de percusión, logrando conformar la Orquesta Filarmónica de Cartagena, que en 1961 ya era una agrupación estable y reconocida en la ciudad. Debido a la calidad interpretativa que llegaron a tener, el propio Adolfo Mejía escribió sus últimos poemas sinfónicos para que fueran estrenados por esta agrupación. Por ello, la directiva de la Sociedad ProArte Musical, presidida en ese tiempo por don Ignacio De Villarreal Franco (1906-2004), consideró que se podía realizar el festival de ese año con talento local y algunos invitados nacionales para que la ciudad no perdiera la costumbre. En la cartelera figuraría Agustín "Pincho" De la Espriella interpretando el Concierto para piano y orquesta No. 3 en Do menor, Op. 37 de Ludwig van Beethoven bajo la batuta de Yonusas. Interpretaría en el mismo piano Steinway & Sons modelo D-274 que inauguró Claudio Arrau el 5 de abril de 1948.

Pincho "salió al ruedo" en medio de un estruendoso aplauso del público cartagenero que, acostumbrado a ver a las más fulgurantes estrellas mundiales en su festival anual, escucharía por primera vez un programa de obras mayores interpretado por músicos formados en el terruño. Tras bambalinas se encontraban varios de sus amigos más cercanos para darle ánimo: Gustavito Lemaitre Donner, Augusto "El Piño" Piñeres Vélez, Carlos Ignacio "Nacho" Corrales y Alfredo Villamarín Eslava. En la orquesta también ocupaban atril muchos de sus condiscípulos y amigos de toda la vida, como Rafael Cepeda Torres, Simón Bahena Joly, Teresa Orozco de Herazo, Jiri Pitro Matejka e Inés Pfaff, y como concertina, la maestra Elizabeth Monschau de Stern. El primer movimiento, "allegro con brio", fue interpretado por Pincho y la orquesta de forma magistral e impecable. Al concluir ese movimiento, mientras los músicos de la orquesta cambiaban de página para iniciar el segundo, Pincho se levantó muy campante y se dirigió tras escena. Sus amigos le preguntaron si quería agua, a lo que respondió que lo que quería era la puerta.



*Foto 15: Pincho haciendo una morisqueta y doble pistola durante un viaje a Europa. Fuente: Familia de la Espriella*

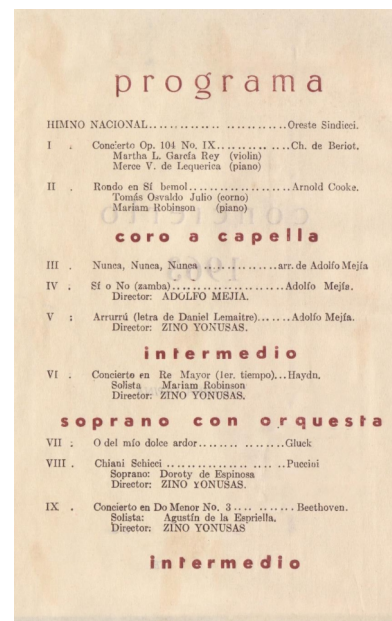
—Cómo así Pincho —le dijo Augusto Piñeres— si no has terminado el concierto.  
 —¿Por dónde salgo? ¿que yo me voy pa' mi casa ya!  
 —Pincho, pero estás tocando muy bien, sal y termina —le animó Nacho Corrales—. —¡Me muestran la puerta de salida de artistas o salgo por entre el público, pero no aguanto más esta presión y no vuelvo a tocar públicamente!

Vestido con un frac impoluto, salió del Teatro Cartagena y dobló por la calle Larga rumbo al Puente Román, buscando el camino que lo conduciría a Villa Arcadia, su solariega casa de la Avenida Jiménez en la isla de Manga. Nunca volvería a tocar en un concierto público. Por el contrario, implantaría, en el cobijo que le brindaba la majestad de su mansión y la camaradería de su selecto grupo de amigos, una tertulia lírico-musical que se repetiría sagradamente todos los jueves desde las 4 de la tarde. A ella concurrían las pianistas Evaída De la Hoz y Lucy García, los violinistas Rafael Cepeda Torres (Cartagena, 1925 – 2009) y Álvaro Velasco Mosquera (Popayán, 1943 – Cartagena, 2011); el cirujano maxilofacial, pintor y cantante lírico Alfredo Villamarín Eslava (Bogotá, 1933 – Cartagena, 2017); Rafael Tono Lemaitre (1944), músico natural como todos los Lemaitre; Augusto "El Piño" Piñeres (1932) y Gustavo Lemaitre Donner (1933), dos de los melómanos más grandes que ha tenido Cartagena; y Antonio Vélez Martínez, quien, sin ser músico, era cuñado de Pincho y suegro de Rafa Tono, y vivía junto con su esposa en aquel caserón, entre muchos otros contertulios de Pincho que se me quedan en el tintero.

Cuando conocí la obra para piano de Adolfo Mejía, gracias al libro editado por el Patronato Colombiano de Artes y Ciencias y al CD grabado por la maestra Helvia Mendoza —quien tuvo la gentileza de obsequiármelo cuando presentó el recital con la obra completa en Cartagena—, me surgió la inquietud de ahondar más en este repertorio, pues los nombres de muchas de aquellas obras eran un tanto sugestivos: Manopili, Triny o Pincho no eran títulos comunes para obras de alta ejecución académica y suponía que debía existir una interesante historia detrás de cada una. Durante un ensayo del coro, un lunes, en casa de mi maestro Nacho Corrales, escuché a Álvaro Velasco referirse a algo que sucedería "en la casa de Pincho". Inmediatamente, mis radares se activaron y le pregunté si ese Pincho tenía algo que ver con el Pincho de Mejía. Con la voz que lo caracterizaba, me dijo, con su acento entre payanés y cartagenero:

—Claro, es el mismo. Mejía le dedicó esa composición.  
—Alvarín, yo necesito conocerlo y entrevistarle —le dije muy ansioso—.

—Listo, el jueves que hay tertulia en su casa yo te llevo, me esperas en la decanatura y nos vamos juntos.  
—Álvaro era por ese entonces el decano de la facultad de arquitectura de la Universidad Rafael Núñez y yo terminaba mis estudios de derecho en aquella universidad. Era el año 2002—. Pero eso sí —me advirtió— Pincho no acepta mirones, allá todo el que va



**Foto 16:** Programa de mano del concierto realizado el 5 de noviembre de 1963 en el que Agustín "Pincho" De la Espriella fue solista e intérprete público por última vez, Archivo familia Koch Pfaff.

tiene que cantar, tocar, declamar o hacer algo artístico. Así que prepara algo para ese día. Allá siempre está Evaída que toca muy bien lo que le pongan.

—Perfecto, ella es mi profesora en el conservatorio y conoce mi repertorio, yo cuadro con ella lo que vaya a cantar.

Al día siguiente preparé un par de canciones académicas del propio Adolfo Mejía con la maestra Evaída: Tú vives en mí y Con el amor nunca se juega, un pasillo, ambas sobre textos de Daniel Lemaitre. Me reuní con el que sería mi "padrino" ante este personaje de la música académica cartagenera y cruzamos el umbral de su hermosa residencia:

—No creía que aún quedarán casas con lámparas tipo araña y cristal de Bacarat—le dije a Álvaro—.

Entrando a mano derecha, encontramos la primera sala, de mobiliario blanco y con un piano Pleyel de media cola totalmente blanco en el centro. Hacia el lado opuesto, otra sala de ambiente más caribeño con otro instrumento, pero este era un Yamaha C7 de tres cuartos de cola, mucho más moderno que el anterior.

Seguimos hacia el fondo y desembocamos en una fresca terraza, en la que —rodeado de algunos contertulios madrugadores— se encontraba Pincho echando algún cuento musical.



*Foto 17: Fachada de la Villa Arcadia, residencia de la familia De la Espriella Martelo, uno de los mejores ejemplos de conservación del patrimonio arquitectónico del periodo republicano en la isla de Manga. Allí vivió Pincho gran parte de su vida.  
Fuente: Familia De la Espriella.*



*Foto 18: Pincho De la Espriella con sus padres y hermanos en una reunión familiar en julio de 1968. Fuente: Familia De la Espriella*



*Foto 19: Interior de Villa Arcadia, al fondo, el piano Yamaha C7 de de 3/4 de cola de Pincho. Fuente: Familia De la Espriella*



*Foto 20: Pincho en su nuevo piano de cola, ca. 1990. Fuente: Familia De la Espriella.*

A lo lejos, alcancé a escuchar la voz familiar de don Augusto Piñeres, quien también habló por mí ante el anfitrión, que era un poco reacio a los extraños. Don Augusto y Álvaro le contaron sobre mí y mi actividad musical, y poco a poco le fue cambiando la cara. Luego, llegó la maestra Évaida y les pidió a los empleados de la casa que rodaran el piano Yamaha para la terraza, ya que estaba montado sobre un trípode con ruedas grandes para facilitar su desplazamiento.

Inmediatamente me acompañó en las dos canciones de Mejía que teníamos preparadas, las que el mismo Pincho me hizo repetir más tarde cuando hubo más concurrencia. Supe que había entrado en su reino cuando se metió la mano al bolsillo y sacó un llaverito que agitó al tiempo que decía en voz alta y con su típico acento de cartagenero rancio:

—¡Mayoooo, empieza a repartir del amarillo que ya hay buen ambiente! —Álvaro Valasco me explicó al momento, que esas eran las llaves del bar y que esa era su clave para demostrar que se sentía complacido con el nivel musical de la tertulia, pues si el ambiente estaba flojo, no le daba whisky a nadie.

Yo permanecí sentado a su lado y entre canción y canción le iba haciendo las preguntas que me interesaban. La primera fue:

— Maestro, ¿cuándo y dónde nació? A lo que me respondió tajantemente:

—No me digas maestro, dime Pincho como todo el mundo. Nací el 9 de julio de 1920, aquí en Cartagena, en el Pie del Cerro.

—¿Cómo va a ser? —le dije asombrado— o sea que me lleva exactamente 60 años, porque yo también cumpla el 9 de julio, pero nací en 1980

—Me dirigió una amplia sonrisa, y me dijo con el trago de whisky en la mano: —¡O sea que somos tocayos de cumpleaños! —Y me extendió la mano para chocarla con la mía.

Varias veces lo visité y así pude conocer algunos detalles de su relación con Adolfo Mejía y de la actividad musical en la Cartagena de los años 30 y 40. Así supe el origen de su apodo y de la obra de la que es dedicatario. Desafortunadamente, a partir de 2003, una artrosis reumatoide se le acentuó, imposibilitando cada vez más en la parte motriz. No volvió a caminar ni a tocar su piano. La última entrevista pública la concedió al Grupo de Investigación INTERDIS de la Universidad Nacional, sede Medellín, quienes realizaron el documental "...Viajero de mí mismo..." sobre el compositor Adolfo Mejía y lograron captar algunas imágenes de Pincho, incluso tocando ya muy impedido. Este registro audiovisual es quizás la única grabación que poseemos del maestro Agustín De la Espriella Martelo, precisamente interpretando la danza que le dedicara Mejía.

Aunque Pincho no volvió a tocar públicamente, y se reservó para sí y para la confianza de su círculo íntimo el placer de disfrutar sus interpretaciones, la cultura musical de Cartagena le debe el haber continuado la tradición de la tertulia cultural en el patio, a la usanza de los famosos Candelazos que se realizaban en el patio de doña Candita Rojas de Zota (1921 – 1985), en su casa de Crespo, y liderados por el propio Mejía, a los que, incluso, llegaron a asistir Joaquín Piñeros Corpas (1915 – 1982) —cuando fungía como ministro de educación nacional— y Gabriel García Márquez (1927 – 2014), nuestro premio Nobel de literatura. En esas tertulias brotaba el sano debate en torno a la actividad artística, pues eran semilleros de crítica de arte, germen de festivales y conciertos y promotores de múltiples espectáculos culturales para la ciudad, siempre respaldados por las empresas de los contertulios, quienes con gusto patrocinaban los eventos —que casi siempre eran conciertos, exposiciones u obras teatrales— y cuyos remates, después del exitoso evento, se realizaban en las casas de José Enrique Rizo Pombo (1934 – 2018) y Carmencita o del propio Pincho, por aquello de contar con un buen piano de cola que acompañara la bohemia...

Pincho fundió su alma con la eternidad, rodeado de su familia y amigos hace 15 años, el 16 de octubre de 2005. Su funeral fue un concierto en el que tomamos parte varios músicos cartageneros. Rafael Tono Lemaitre fue el encargado de organizar a los que se quisieron vincular al requiem de Pincho. Los miembros de la Coral Zino Yonusas —dirigida por el maestro Nacho Corrales— entonamos lo mejor de nuestro repertorio sacro para el querido amigo. Al finalizar la ceremonia, Jimmy De la Espriella, cantó para su abuelo —con profunda emotividad— la pieza de jazz, Misty, de Erroll Garner, acompañado en el piano por Evidad De la Hoz, quien posteriormente interpretó la danza Pincho de Adolfo Mejía mientras el cortejo fúnebre salía con el catafalco del templo de Santa Cruz de Manga. No había otra forma de despedirlo si no con buena música, nunca entre lágrimas, si no agradecidos con el sumo hacedor por haber tenido la fortuna de contar por tantos años con un personaje tan interesante para la vida musical de Cartagena de Indias.



*Foto 21: Este hermoso piano fue donado por la familia al Teatro Adolfo Mejía para que sirviera para ofrecer recitales de cámara en el foyer del mismo, luego de la muerte de Pincho. Fuente: Familia de la Espriella*



Foto 22: Pincho abrazado por su nieta mayor, Diana De la Espriella. Fuente: Familia De la Espriella